

Francisco Serrano

DE *LA PLÉIADE*

Etienne de La Boétie

(1530-1563)

EL DÍA DE HOY, EL SOL, SU BRAVURA ALTERADA

El día de hoy, el sol, su bravura alterada,
el pelo amarillea del trigal tan hermoso.
Cuando se va, ganamos un frescor delicioso
mi Margarita y yo, en la dulce velada.

Nos perdemos en sendas hondas en la espesura:
el Amor va delante, nosotros lo seguimos.
Si el verde no nos gusta del alcor que subimos,
bajamos para ver la faz de la llanura.

Presas de la emoción, vivimos sin cuidado
de ciudades, de reyes, de la corte a su lado.
Oh Medoc, mi país, solitario y salvaje,

no existe otro país más querible, jamás.
Estás al fin del mundo, por eso te amo más:
conocemos los últimos de estos días el ultraje.

AY DE MÍ, CUÁNTOS DÍAS, AY DE MÍ, CUÁNTAS NOCHES

¡Ay de mí, cuántos días, ay de mí, cuántas noches
he vivido alejado de la casa de mi alma!
El vigésimo día que me falta la calma.
Amasé en veinte días un siglo de reproches.

Sólo a mí mal deseo, desdichado de mí,
y si suspiro en vano, si estoy llorando ahora,
es que, mal advertido, me alejé en mala hora
de aquella a la que nunca abandonar debí.

Me avergüenza que ya mi piel descolorida
luzca por mis pesares de arrugas oprimida;
me avergüenza que ya mil inhumanos daños

me encanezcan el pelo, fruto del tiempo apenas,
pues todavía soy joven, si contamos mis años,
pero ya soy un viejo, si contamos mis penas.

DE MÍ SE DICE TANTO: ¿PUES CUÁL ES SU LAMENTO?

De mí se dice tanto: ¿pues cuál es su lamento?
Si desperdicia el tiempo por causa tan ligera,
a qué tanto quejarse, si alguna cosa espera,
y si no espera nada, ¿por qué no está contento?

Mientras estuve sano, no lo oculté un momento,
aquél lo dice, es cierto, sin razón verdadera,
le ofusca el corazón una dureza fiera,
se queja de mi queja y no oye mi tormento.

Mil dolores me infringe Amor súbitamente
y luego se me advierte que yo no lo lamente.
No soy tan engreído para aumentar mi mal

a fuerza de expresarme. Si es que puedo evitarlos,
dejaré los sonetos, dejaré de cantarlos.
¡Quien me prohíbe el duelo me dé salud cabal!

ELLA ESTÁ ENFERMA, ¡AY!...

Ella está enferma, ¡ay!, ¿qué es lo que debo hacer?
¿Qué remedio? ¿Qué alivio? ¡Oh cielos!, ¿no me oiréis
cuando ante vos ocurre tan duro mal, y veis
ultrajar sin piedad su rostro de mujer?

Si, crueles, la arrancáis hoy de esta tierra aleve,
si os hace falta allá arriba su riqueza,
por Dios, pensad en mí, y dadme con largueza
que con la misma mano Caronte al fin nos lleve.

O si es, como se ha dicho de Helena y sus hermanos,
que uno pisa por otro los infernales llanos,
satisfacedme a mí un ansia parecida.

Tened, tened de mí, tened cierta piedad,
Dejadnos, para honrar a mi fuerte amistad,
morirme de su muerte, vivir a ella mi vida.

Joachim du Bellay

(1522-1560)

FELIZ QUIEN, COMO ULISES, CUMPLIÓ SU TRAVESÍA

¡Feliz quien, como Ulises, cumplió su travesía,
o como aquel que obtuvo el dorado vellón,
y luego ha regresado, dotado de razón,
a vivir con los suyos hasta el último día!

¿Cuándo volveré a ver, de mi humilde alquería,
humear las chimeneas, ay, y en cuál estación
veré otra vez la huerta de mi pobre mansión,
que es más que mi terruño, mucho más, alma mía?

Amo más la morada que alzaron mis abuelos
que de templos romanos el frontón de altos vuelos,
más que al mármol severo, amo la teja fina,

más a mi Loira galo que al gran Tíber latino,
más mi Liré pequeño* que el monte Palatino;
más que el aire del mar, la bonanza angevina.

(Segunda versión)

¡Feliz quien, como Ulises, volvió de un largo viaje,
o como aquel que obtuvo el sacro vellocino
y luego ha regresado, desandando el camino,
y el resto de sus días vivió con su linaje!

¿Cuándo veré de nuevo el rústico paisaje
de humeantes chimeneas?; ¿me volverá el destino
aquella pobre huerta de mi hogar campesino,
pues no concibo reino que en gracias le aventaje?

Prefiero la morada que alzaron mis abuelos
a los templos romanos con frontón de altos vuelos,
prefiero, al duro mármol, esta pizarra fina,

prefiero el Loira galo al gran Tíber latino,
mi pequeño Liré al monte Palatino,
y a la brisa del mar, la bonanza angevina.

** Pueblo natal del poeta, sobre una colina.*

SI NUESTRA VIDA ES MENOS QUE UNA BREVE JORNADA

Si nuestra vida es menos que una breve jornada,
en la ardua eternidad, si el año, que al correr
consume nuestros días sin esperar volver,
si todo lo que nace perecerá en la nada,

¿qué sueños, alma mía, sueñas apasionada?
¿Por qué te agrada así lo hosco de nuestro ser,
si para a un refugio más sereno tender
ostentas en el dorso el ala lastimada?

Ahí radica el bien que cualquier alma anhela,
ahí habita el reposo que todo el mundo cela,
ahí el amor está con el placer que añoro.

Ahí el amor está y también el placer,
ahí donde a la Idea podrás reconocer
de la inmortal belleza que en este mundo adoro.

Pierre de Ronsard

(1524 – 1585)

ESTAS CADENAS DE ORO, ESTA BOCA BERMEJA

Estas cadenas de oro, esta boca bermeja
que colman lirios, rosas, claveles, estos rizos,
estos dulces corales, castamente rojizos,
y esta hermosa mejilla, que la Aurora semeja;

estas manos y cuello, esta frente, esta oreja,
y de este pecho los botones primerizos,
y de estos bellos ojos los luceros mellizos,
que comueven y dejan a toda alma perpleja;

anidaron a Amor muy adentro en mi seno,
que del germen preñado ostenta el vientre pleno
de un embrión no formado y de nuevas sustancias,

y que así, al incubarlos (de mi ser se complacen
nueve meses enteros), en un día me nacen
mil amores portando saetas, alas, ansias.

AMOR, AMOR CONCÉDEME O PAZ O TREGUA BREVE

Amor, amor concédeme o paz o tregua breve,
o bien, si las apartas, y con mazo más fuerte
acabas con mi vida y me otorgas la muerte,
por lo menos bendíceme con languidez más leve.

Y ya sea que el sol o descienda o se eleve,
no pienso en otra cosa que, tenaz, no me alerte
sobre mi condición, y en su labor convierte
en más duras mis penas, sin que alivio conlleve.

¿Qué debo pues hacer? Amor, que me hizo errar
de modo tan notorio, no me deja esperar
para mi bienestar más que desesperanza.

Y ya que Amor no quiere en mi ayuda acudir,
como defensa tengo el placer de morir,
y que la muerte traiga tan ansiada bonanza.

SI BIEN INJUSTAMENTE TE DIGNAS ALUMBRAR

Si bien injustamente te dignas alumbrar
hondo en mi corazón, donde tu imperio anida,
no de ningún amor, de una furia subida,
la cruel hoguera donde mis huesos calcinar,

tan áspero tormento no consigue amargar
del todo mi deleite, aunque no me convida
a apreciar mi dolor, porque no amo mi vida
tanto, si para ti no es más grata de amar.

Pero si el cielo ha hecho que naciera, señora,
para ser tuyo, no hieras a mi alma, que te adora,
y acepta de buen grado mi constante lealtad.

¿Pues no será mejor aceptar su servicio
que por el cruento horror de un fiero sacrificio
asesinarla al pie de tu altiva beldad?

ODA A CASANDRA

Vamos a ver, bonita, si la rosa
que esta mañana desplegó orgullosa
su ropaje de púrpura ante el sol,
no habrá visto trocarse en una ruina
los pliegues de su ropa purpurina,
cuyo tinte semeja tu arrebol.

¡Ay, contempla cómo en tan breve instante
dejó caer, bonita, su fragante
fulgor, ay, ay, que el tiempo consumió!
Mala madre es en verdad Naturaleza,
puesto que de una flor tal la belleza
entre el alba y la noche caducó.

De modo que si me crees, bonita,
mientras tu lozanía vive y palpita
en su más rozagante novedad,
tu juventud cosecha de una vez,
porque como a esta flor, ay, la vejez
hará que se marchite tu beldad.

De la RESPUESTA A LOS MINISTROS PROTESTANTES

(fragmento)

Me gusta cortejar y hablarles a las damas
y poner por escrito mis amorosas flamas;
amo la danza, el baile e igualmente las máscaras,
el laúd y la música, contraria a cualquier ansia.
Después, cuando la noche ordena las estrellas,
el cielo encortinando con velos, y la tierra,
sin cuidados me acuesto, y elevando el aliento,
el corazón, los ojos hacia el domo del cielo,
digo mis oraciones, rogando al sumo bien
que quiera blandamente mis culpas absolver.

Conocí a los veinte años a la dama más bella,
y al querer por escrito atestiguar mis penas,
vi que de los franceses el lenguaje imperfecto
por tierra se arrastraba, sin orden ni concierto:
para encumbrar entonces a mi lengua materna,
esforzándome indómito, yo trabajé por ella:
forjé nuevas palabras, rescaté viejos términos,
de modo que su fama edificué hasta el cielo.
Diversamente a como hicieron los antiguos
compuse mis vocablos, poeticé mis giros,
llevé a la poesía a tal orden que luego
se equiparó el francés al romano y al griego.